

tulo que el de oficial de la casa de Orleans, escribió al rey para pedirle... nada más que el primer ministerio, la plaza de Necker y de Turgot, asegurando restablecer en un momento la hacienda de la monarquía. El duque de Orleans fué el portador de la increíble misiva, la entregó al rey y la apoyó en un largo discurso, siendo motivo de chacota para la corte.

Los sabios consejeros del príncipe habían creído apoderarse del poder con este procedimiento. Cuando se vieron engañados y perdida toda esperanza, obraron más claramente é intentaron hacer del duque un Guisa ó un Cronwell, volviéndose del lado del pueblo. Aquí también encontraron grandes dificultades. Pocos fueron los engañados; la ciudad de Orleans no eligió al príncipe, y éste tomó su represalia retirándola bruscamente las concesiones que le había hecho y con las que había creído comprar su elección.

En este tiempo no había ahorrado nada; ni dinero ni intrigas. Los que conducían el negocio imaginaron mezclar un folleto entero de Sieyès en las instrucciones electorales que el duque envió á sus dominios, colocando así á su dueño bajo el amparo y patronato del gran pensador, entonces tan popular, quien no tenía ninguna clase de relaciones con el duque de Orleans.

Cuando las Comunes dieron el paso decisivo de tomar el título de *Asamblea nacional*, se advirtió al duque de Orleans que había llegado el momento de presentarse, de hablar, de obrar; que un jefe de partido no podía ser un personaje mudo. Se consiguió de él que cuando menos leyera un discurso de cuatro líneas para invitar á la nobleza á unirse al Tercer Estado. Lo hizo, pero cuando comenzó á leer le faltó valor y se desmayó. Le desabotonaron para que respirara mejor y se vió que, por temor á ser asesinado por la corte, aquel príncipe demasiado prudente llevaba una verdadera coraza de lana, seis ó siete camisetitas, unas sobre otras.

El día del golpe de Estado fracasado (23 de Junio), el duque creyó al rey perdido y se vió rey para muy pronto (1). La terrible agitación de París de aquella noche y del día siguiente, anunciaban bastante claro que iba á establecer un gran movimiento. El 25 la minoría de la nobleza notó que perdería mucho si París tomaba la iniciativa, y fué con el duque de Orleans á la cabeza á unirse á las Comunes. El hombre del príncipe, Sillery, el cómodo marido de madame de Genlis, hizo en nombre de todos un discurso inconveniente, el que hubiera hecho un mediador, un árbitro aceptado entre el rey y el pueblo: «No perdemos jamás de vista el respeto que debemos al mejor de los reyes... Nos ofrece la paz. ¿Podremos dejar de aceptarla?, etc.

Aquella noche hubo gran alegría en París por esta unión de los nobles amigos del pueblo. En el café de Foy se presentó un mensaje á

(1) Arthur Goung, que comía con él y otros diputados, estaba escandalizado de verle reir sin freno.

la Asamblea; todos firmaron, hasta tres mil personas, de prisa, á escape, firmando casi todos sin leer. Este documento contenía una extraña palabra sobre el duque de Orleans: «Este príncipe, objeto de la *veneración pública*.» Tal palabra aplicada á tal hombre parecía cruelmente irrisoria; un enemigo no lo hubiera dicho mejor. Los torpes agentes del príncipe creyeron aparentemente que el elogio más exagerado sería el mejor pagado.

Gracias á Dios, la grandeza, la inmensidad del movimiento, libró á la Revolución de aquel indigno mediador. Después del 25 fué el movimiento de tal modo unánime, tan poderoso el acuerdo, que los agitadores interesados, arrastrados por la corriente, debieron perder toda esperanza de poder dirigir nada. Los Catilina de salones y cafés tuvieron que desaparecer. Una autoridad se encontró inesperadamente constituida en París, que se había supuesto sin jefe y sin guía; la Asamblea de los electores. Además los guardias franceses comenzaron á declararse, y se pudo prever entonces que no faltaría fuerza á la nueva autoridad. Resumiendo, en una palabra: los mediadores podían estar tranquilos; si la Asamblea estaba cautiva en Versalles, tenía en París un asilo, en el corazón mismo de Francia, y si fuera necesario tendría un ejército; París.

La corte indignada, iracunda, pero todavía más soberbia, decidió en la noche del 26 la reunión de los órdenes. El rey invitó á la nobleza, y para buscar un pretexto de protestar contra todo lo que se había hecho, se hizo escribir por el conde de Artois estas imprudentes palabras, falsas entonces: «La vida del rey está en peligro.»

El 27 tuvo lugar la tan esperada reunión. La alegría fué excesiva en Versalles, insensata y loca. El pueblo, para demostrar su alegría, encendió fogatas y gritaba: ¡Viva la reina! Fué necesario que se asomara al balcón. La multitud pidió que saliera el delfín en señal de reconciliación completa. Ella consintió y volvió á aparecer con el niño. Pero aquella mujer despreciaba á la multitud crédula y llamaba á las tropas, en las que tenía mucha fe.

No había tenido parte alguna en la reunión de los órdenes... Pero, ¿se puede decir que hubo tal reunión? Eran enemigos que mientras estaban en una misma sala se veían y toleraban. El clero había manifestado expresamente sus reservas. Las protestas de los nobles llegaban una á una, queriendo ser impertinentes y entorpeciendo las sesiones; los que entraban no se dignaban sentarse; paseaban y estaban quietos en un sitio como simples espectadores. Alguna vez se sentaban, pero entonces era para murmurar en conciliábulo. Muchos habían anunciado su marcha y, sin embargo, permanecían en Versalles; se veía bien claro; esperaban.

La Asamblea perdía el tiempo. Los abogados, que estaban allí en mayoría, hablaban mucho y largamente; creían demasiado en la eficacia de la palabra. Que se haga la Constitución y todo se habrá salvado,



según ellos. ¡Como si la Constitución pudiera ser algo con un gobierno en conspiración permanente! Una libertad de papel, escrita ó verbal, en tanto que el despotismo tuviera la fuerza y la espada. ¡Contrasentido, absurdo!

Y en tanto, ¡ni la corte ni París quieren contraer mutuos compromisos! Todo conduce á la violencia, á la guerra franca y abierta. Los militares de la corte estaban impacientes por comenzar á obrar. M. Du Châtelet, coronel de las guardias francesas, había encerrado en la Abbaye once soldados que habían jurado no obedecer ninguna orden contraria á las de la Asamblea. No estaba satisfecho. Quería sacarlos de la prisión y enviarlos á la de los ladrones, á aquella espantosa prisión, hospital á la vez, que reunía en la misma galería á los condenados á galera y á los enfermos de venéreo (1). El terrible asunto de Latude, llevado allí para morir, había dado á conocer la bestialidad de Bicêtre; un libro reciente de Mirabeau había sublevado los corazones, aterrorizado los espíritus (2)... Y era allí donde iban á ser llevados once hombres, cuyo delito fué no querer ser soldados más que de la ley.

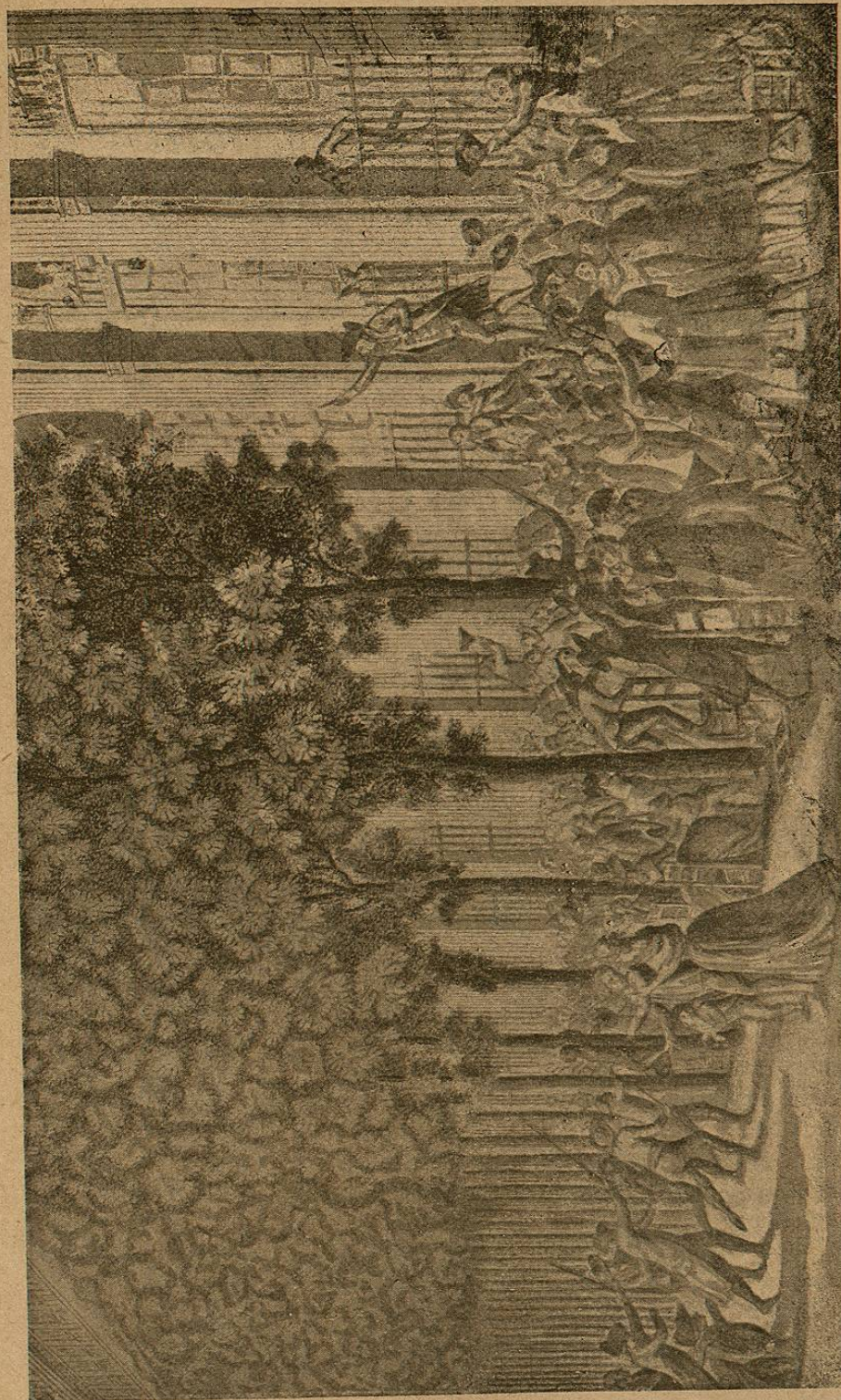
En el Palais-Royal se supo el día mismo en que iban á ser trasladados á Bicêtre. Un joven, subido en una silla, grita: «¡A la Abbaye!, vamos á librar á los que no han querido disparar contra el pueblo!» Algunos soldados se ofrecen; los ciudadanos lo agradecen pero quieren ir solos. En el camino la multitud aumenta; los obreros se proveen de buenas barras de hierro. Al llegar á la Abbaye eran cuatro mil. Hacen saltar el postigo; destrozan á fuerza de cuchillos, hachas y barras las grandes puertas interiores. Las víctimas son libertadas. A la salida la multitud encuentra á los húsares y dragones que vienen á caballo tendido, con la espada en alto... El pueblo sujeta los caballos, se explica á voces; los soldados no quieren asesinar á los libertadores de los soldados, se abrazan, se despojan de sus cascos, llenándolos de vino y todos beben en honor del rey y de la nación.

Cuantos estaban en la prisión fueron libertados al mismo tiempo. La multitud conduce su conquista á su casa, al Palais-Royal. Entre los libertados va un viejo soldado que desde hacía muchos años perecía en la Abbaye y no podía andar... El pobre diablo, que durante tanto tiempo no soportó más que rigores, iba muy conmovido: «¡Me muero, señores—decía,—me muero de tanta bondad!»

No había más que uno verdaderamente culpable y fué conducido á otra prisión. La multitud, compuesta de ciudadanos, soldados y prisioneros seguidos de un cortejo inmenso, llega al Palais-Royal; se coloca una mesa en el jardín y se les hace sentar. La dificultad estaba en alojarlos para la noche; fueron acostados en la sala de Variedades y se puso

(1) ¿Podrá creerse que en 1790 se ejecutaban todavía en Bicetre las antiguas y bárbaras ordenanzas que prescribían hacer preceder una paliza á todo tratamiento venéreo? El celebre doctor Cullorier lo ha afirmado así.

(2) Observaciones de un inglés sobre Bicetre, traducidas y comentadas por Mirabeau, 1788.



Camilo Desmoulins arengando al pueblo en Palais-Royal. (Pág. 126). — (De una litografía de la época)



guardia á la puerta. Al día siguiente fueron instalados en un hotel, pagados y alimentados por el pueblo. Durante toda la noche estuvo París iluminado, sobre todo las cercanías de la Abbaye y del Palais-Royal. Burgueses y obreros, ricos y pobres, dragones, húsares y guardias franceses, se paseaban mezclados, sin que se escucharan otras voces que los ¡viva la nación! En aquella reunión fraternal todos se entregaban á los transportes alegres de su confianza en el porvenir de la libertad.

A la mañana siguiente algunos jóvenes se encontraban en Versalles á la puerta de la Asamblea. Allí no encontraron sino hielo. Una dominación militar, una prisión parecía Versalles bajo el aspecto más siniestro. Mirabeau propuso un mensaje á los parisienses aconsejándoles prudencia. Se acordó declarar que perteneciendo el asunto al rey no se le podía pedir misericordia; acuerdo poco eficaz para los que esperaban la intercesión de la Asamblea.

Esto fué el 1.º de Julio. El día 2 escribió el rey, no á la Asamblea, sino al arzobispo de París, diciéndole que si los culpables vuelven á la prisión podrá perdonarlos. La multitud encuentra esta promesa tan poco segura, que va al Hotel de Ville, donde estaban reunidos los electores, á preguntarles qué debe creer. Aquéllos aconsejan prudencia, pero la multitud insiste y á la vez aumenta á cada instante. A la una de la madrugada los electores acuerdan ir en seguida á Versalles y *no volver sin el perdón* á París. Con esta palabra los libertados se constituyen nuevamente en la prisión, donde bien pronto fueron encarcelados.

La guerra amenazaba á París. Todos los regimientos extranjeros habían llegado. Para mandarlos había sido llamado el Hércules y el Aquiles de la antigua monarquía, el viejo mariscal de Broglie. La reina había llamado á Breteuil, su hombre de confianza, exembajador en Viena, hombre de pluma que por lo violento y altanero valía por uno de espada. «El rudo son de su voz hacía temblar; andaba con gran ruido, hiriendo la tierra con el pié, como si hubiera querido hacer germinar un ejército de una patada...»

Todo este aparato de guerra alarma por fin á la Asamblea. Mirabeau, que ya el 27 había leído sin ser escuchado una proposición para la paz, presenta una nueva pidiendo el alejamiento de las tropas; esta oración armoniosa y sonora, adulatora á veces para el rey, fué oída atentamente por la Asamblea. Lo mejor que contenía, la petición de una guardia burguesa fué la única que se calló (1).

Los electores de París, que habían sido los primeros en hacer esta petición desechada por la Asamblea, la presentaron nuevamente con verdadero vigor el 10 de Julio.

Carra, en una disertación muy abstracta, á lo Sieyes, defendió el derecho de la Comune, derecho imprescriptible y, según dijo, *anterior*

(1) No es inverosímil que el duque de Orleans, viendo que no se solicitaba su mediación, incitara á Mirabeau á hablar, á fin de amedrentar á la corte, antes que hubiera completado sus preparativos de guerra. M. Droz coloca en este punto las primeras relaciones de Mirabeau con Lacroix y cita el dinero que aquél recibió.

á *aquel de la monarquía*, que comprende especialmente el de guardarse y defenderse á sí misma. Bonneville, en su nombre y en el de su amigo Fauchet, pedía que se pasara á la aplicación del derecho, que se constituyera en Comune, conservando *provisionalmente el pretendido* organismo municipal. Charton quería más, quería que los sesenta distritos de París se reunieran nuevamente en Asamblea, que se transmitieran sus decisiones á la Asamblea nacional y que se entendiera directamente con las demás grandes ciudades del reino.

Todas estas atrevidas proposiciones se hacían en la gran sala de San Juan del Hotel de Ville ante un público inmenso; París parecía estrecharse alrededor de esta autoridad que él mismo había creado, no fiándose de ninguna otra; el pueblo hubiera querido arrancarle cuanto antes la orden de organizarse, de armarse, de asegurar él mismo su salvación.

La debilidad y abatimiento de la Asamblea nacional no era bastante para asegurarla. El 11 de Julio recibe la respuesta del rey al Mensaje y se contenta. ¿Qué respuesta había recibido? Que las tropas estaban allí para asegurar la libertad de la Asamblea; mas si ésta quería la autorizar á trasladarse á Noyon ó á Soissons, es decir, la colocaría entre dos ó tres cuerpos de ejército. Mirabeau no pudo conseguir que se insistiera pidiendo el alejamiento de las tropas. Evidentemente, la reunión de los quinientos diputados del clero y de la nobleza había enervado la Asamblea. Dejó el asunto más importante y se puso á escuchar una declaración de los derechos del hombre que presentó Lafayette.

Un moderado muy moderado, el filántropo Guillotín, fué expresamente á París para comunicar á los electores aquella quietud de la Asamblea. Hombre honrado, se engañó, sin duda, asegurando que todo iba bien y que Necker estaba más firme que nunca lo estuviera. Esta excelente noticia fué acogida con aplausos, y los electores, no menos engañados que la Asamblea, se entretuvieron también leyendo la admirable declaración de los derechos del hombre que felizmente acababa de llegar de Versalles. Aquel mismo día, mientras el buen Guillotín hablaba, Necker, despedido, estaba ya bastante lejos en camino para Bruselas.

Cuando Necker recibió la orden de marchar en seguida, se disponía á sentarse á la mesa, donde solía estar tres horas. El pobre hombre que tan tiernamente había vuelto al Ministerio y que nunca lo abandonó sin llorar, supo contenerse delante de sus convidados y se mostró afable y satisfecho. Después de comer, sin advertir á su hija siquiera, marchó con su mujer, tomando el camino más corto para salir del reino, el de los Países Bajos. Los parciales de la reina estaban avisados para vigilarle y detenerle en caso necesario; ¡conocían tan poco á Necker, que abrigaban el temor de que desobedeciese al rey y entrara en París!

M. M. de Broglie y de Breteuil, el primer día que fueron llamados al castillo, quedaron sorprendidos. Broglie no era partidario de la expulsión de Necker; Breteuil dijo: «Dadme cien mil hombres y cien millo-

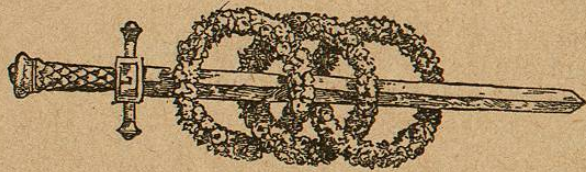


nes.»—«Los tendréis»—repuso la reina.—Y se puso á fabricar secretamente una moneda de papel (1).

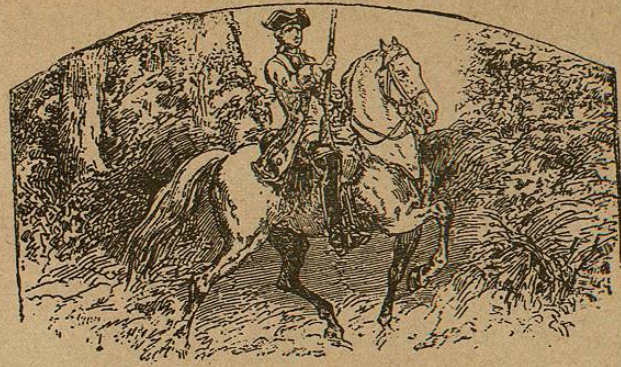
Broglie, sin estar preparado de antemano, agobiado por sus setenta y un años, trabajaba mucho sin hacer nada de provecho. Ordenes y contraórdenes se cruzaban. Su hotel era un cuartel general lleno de ordenanzas, de ayudas de campo, dispuestos á montar á caballo. «Se hacía una lista de los oficiales generales y se confeccionaba un plan de batalla.»

Las autoridades militares no estaban de acuerdo. Había nada menos que tres jefes: Broglie, que iba á ser ministro de la Guerra; Puysegur, que lo era todavía y, finalmente, Besenval, que tenía desde hacía ocho años el mando de las provincias del interior y á quien se indicó secamente que se limitara á obedecer al viejo mariscal. Besenval le explicó la situación, el peligro; trató de convencerle de que no se estaba en campaña, sino ante una ciudad de ochocientas mil almas en el último grado de exaltación. Broglie no quiso escucharle. Encerrado en su experiencia de la guerra de los Siete Años, no conociendo más que al soldado, las fuerzas brutas; lleno de desprecio para los burgueses y el pueblo, estaba convencido de que ante la presencia de un solo uniforme el pueblo huiría. No creyó necesario enviar tropas á París; solamente lo rodeó de regimientos extranjeros, no preocupándose de si aumentaría con ello la irritación del pueblo. Aquellos soldados alemanes tenían el aspecto de una invasión austriaca ó suiza; los nombres bárbaros de sus regimientos chocaban al oído francés; Royal-Cravate estaba en Charenton; en Sèvres Reinach y Diesbach; Nassau en Versalles; Salis-Samade en Issy; los húsares de Berchiny en la Escuela Militar, y en los alrededores Châteauevieux, Esterhazy, Rømer, etc.

La Bastilla, bastante defendida con sus fortísimos muros, acababa de recibir un refuerzo de suizos. Tenía municiones bastantes y una monstruosa masa de pólvora, suficiente para hacer volar la ciudad entera. Los cañones, en batería desde el 30 de Junio, miraban á París y, bien cargados, asomaban sus negras bocas amenazadoras por las almenas.



(1) «Muchos de mis colegas me han asegurado haberlas visto ya impresas.» (Palabras de Bailly).



## CAPITULO VI

### Insurrección de París

Peligro de París.—Explosión de París, 12 de Julio de 1789.—Inacción de Versalles.—Provocación de las tropas; París toma las armas.—La Asamblea nacional se dirige en vano al rey, 13 de Julio.—Los electores de París autorizan el armamento.—Organización de la guardia burguesa.—Vacilación de los electores.—El pueblo se provee de pólvora y busca fusiles.—Seguridad de la corte.

Desde el 23 de Junio al 12 de Julio, ó sea desde la amenaza del rey á la explosión del pueblo, hubo un paréntesis extraño. Era aquél, dice un observador, un tiempo tempestuoso, nublado, sombrío, como un sueño agitado y penoso, lleno de ilusiones y temores. Falsas alarmas; falsas noticias; fábulas, invenciones de todas clases. Se sabía todo y no se sabía nada. Se quería explicarlo todo y adivinarlo todo. Se veían causas profundas aun en cosas nimias é indiferentes. Comenzaban ya movimientos sin iniciador y sin plan, nacidos espontáneamente de aquel fondo general de recelo y de sorda cólera. La tierra rugía, el sol estaba como eclipsado, parecía que se escuchaba la próxima erupción del volcán.

Ya hemos visto que en la primera Asamblea de los electores Bonneville había gritado ¡á las armas!, grito extraño en aquella asamblea de los notables de París. Muchos temblaron, otros sonrieron y uno de ellos proféticamente, dijo: «Joven, aplazad vuestra proposición quince días.»

¿A las armas contra un ejército organizado que estaba á las puertas de la ciudad? ¿A las armas, cuando este ejército podía cercar á París por hambre, cuando ya la carestía comenzaba á sentirse, cuando ya se veía formarse cola de hombres y mujeres en las puertas de las panaderías...? Los pobres de la campiña entraban por todos los barrios pálidos, famélicos, apoyados en sus largos bastones de viaje. Una masa de veinte mil mendigos, á la que se daba trabajo en Montmartre, estaba suspendida sobre la ciudad; si París hacía un movimiento podría descender este otro